

IV. De la esclavitud del hombre

Casi todos los hombres se dejan llevar por sus pasiones, y sus pasiones, tal como acabamos de explicar, los convierten en enemigos unos de otros. Pero no por eso tiene que convertirse su existencia en una lucha constante de hombre contra hombre. Ya hemos visto que existen pasiones que acercan a los hombres entre sí. Imitamos los sentimientos de nuestros semejantes; amamos lo mismo que ellos aman y odiamos lo mismo que ellos odian. En consecuencia, y a falta de otras consideraciones, estamos más inclinados a hacer las cosas que los demás aprueban que las cosas que los demás rechazan. Esta preocupación por la aprobación ajena, o miedo al rechazo, es una de las causas que disponen a los hombres, por más esclavos que sean de sus pasiones, a asociarse entre sí. Pero a este género de razones se añaden también otras razones aún más poderosas, que son el resultado de la dificultad que encuentran los hombres para luchar contra las fuerzas naturales y para procurarse lo necesario para vivir. Dos individuos unidos son más poderosos de lo que sería cada uno de ellos si estuviera solo; tres individuos unidos son más poderosos que dos. Los hombres tienen mucho que ganar si se unen para formar una sociedad.

Sin embargo, la sociedad que forman sería inútil si siguieran viviendo cada uno de acuerdo con su capricho, si tratasen de proveer cada uno para su existencia de acuerdo con los medios que les parecieran mejores, si llamasen bien úni-

camente a aquello que les gustara y mal a aquello que les disgustara, y si se aplicaran a conservar lo que aman y a destruir lo que odian. De este modo sólo lograrían regresar al estado de aislamiento. Para que puedan vivir en paz los unos con los otros, y ayudarse los unos a los otros, es preciso que cada uno sacrifique parte de sus deseos y que se prometan entre sí que no harán nada que pueda perjudicar al vecino. ¿Pero cómo es posible que unos hombres que son, por hipótesis, esclavos de las pasiones, sean capaces de formar una sociedad perdurable? ¿Cómo es posible que los efectos de las pasiones no anulen todas las promesas y violen todas las leyes? Encontraremos la explicación si consideramos que una pasión puede ser destruida por una pasión contraria. Se comprende perfectamente, por ejemplo, que un hombre se abstenga de hacer daño a alguien odiado, por miedo a un mal mayor. Esto es lo que permite establecer y mantener la sociedad, siempre que se cuide de castigar a aquellos que perjudican a su prójimo y de instaurar leyes fundadas en la amenaza. Así es como se establece y mantiene la sociedad de los esclavos, fundada en el miedo.

En una ciudad así, se llamará bien a aquello que sea favorable a la existencia y al mantenimiento de la ciudad, y mal a aquello que sea contrario a ello. Se llamará pecado o falta, y será castigado, todo aquello que sea contrario a la ley. Se dirá que los ciudadanos merecen alabanza si contribuyen a reforzar y a mantener la ciudad, y merecen censura si, por el contrario, contribuyen a debilitar la ciudad. La disposición de un ciudadano a obedecer la ley y a contribuir a la seguridad común será llamada virtud, y la disposición contraria será llamada vicio. A la primera irán ligadas la aprobación y la recompensa; a la segunda la denuncia y el castigo. Habrá en la ciudad hombres justos y hombres injustos. Si al poder de las leyes le añadimos el poder de la supersti-

ción, y al miedo a los tribunales y a las penas infligidas por los hombres le añadimos el miedo a un Dios cruel que castigará aún más a los hombres después de su muerte, la ciudad se convertirá en la imagen perfecta de la paz, la concordia, la buena fe y la religión. Sin embargo, reinarán en ella las pasiones y todas las pretendidas virtudes no serán más que el resultado del miedo que la sociedad en conjunto habrá sabido inspirar en cada uno de sus miembros. Esto es lo primero que debemos comprender para no dejarnos engañar por este falso bien, por esta falsa justicia, por esta falsa virtud que vuelve al hombre menos malhechor, pero al precio de hacerle dos veces esclavo.

Sin duda, puede ocurrir que en la ciudad de los esclavos terminen por considerarse malas las pasiones que son en efecto malas, como el odio, la envidia, los celos y el orgullo. Pero sólo las considera así la sociedad, no el individuo. También ocurre a veces que los hombres las juzgan buenas y transforman los vicios en virtudes. Así, elogiarán a aquél que odia a los asesinos y a los ladrones, por ejemplo, o a aquél que odia a los enemigos externos; elogiarán a aquél que envidia a su vecino, si esta pasión le empuja a hacerse útil para la sociedad. Elogiarán el orgullo, si éste empuja a los hombres a buscar el elogio y a evitar la reprobación, es decir, a actuar conforme a los deseos de la mayoría y al interés común. Por el mismo motivo incluirán también entre las virtudes la vergüenza, la humildad, la piedad y todos los sentimientos de este género, que impiden a los hombres perjudicar a sus semejantes y contribuyen de este modo al mantenimiento de la paz. Aquél que quiera conocer la verdadera virtud y el verdadero bien no debe detenerse en consideraciones de este género, sino que debe poner toda su atención en comprender que incluso la pasiones que han sido siempre y en todas las circunstancias consideradas virtudes

por los hombres que viven en sociedad, no dejan por ello de ser pasiones y no pueden ser virtudes.

Ante todo, debe quedar claro que la tristeza es mala en sí misma. Y es así por la definición misma de la tristeza. La tristeza supone el paso a una perfección menor. Lo que llamo paso a una perfección menor, cuando considero la capacidad de actuar de un ser, lo llamo tristeza cuando considero su capacidad de ser feliz o infeliz. Así pues, no tiene sentido decir que la tristeza puede ser buena y que puede hacernos perfectos. Eso sólo puede tener sentido en la sociedad de esclavos que acabamos de describir, donde los ciudadanos son buenos y honestos en la medida en que temen el castigo. Tal sociedad sería destruida si los hombres no sintieran miedo; el miedo es condición de la existencia de esta sociedad y en este sentido puede decirse que es bueno. Y como el miedo es una forma de tristeza, también puede decirse que ésta es buena en este sentido. Por eso las supersticiones o las falsas religiones, que no buscan realmente hacer mejores a los hombres sino solamente contener sus pasiones en beneficio del interés común, convierten el miedo y la tristeza en virtudes, del mismo modo que convierten la seguridad y la alegría en vicios, e imaginan a un Dios cruel y celoso que se complace con las lágrimas y el terror de los hombres, y que se irrita con sus alegrías. Ciertamente, en la medida en que los hombres no están guiados por la Razón, es bueno que estén guiados por el miedo, si ello contribuye a que causen el menor daño posible a sus semejantes. Pero no hay que dejarse engañar por todas estas convenciones útiles y creer que los hombres valen realmente más cuando no ceden al odio o a la envidia por miedo al castigo: lo único que han hecho es cambiar de esclavitud, eso es todo.

Del mismo modo, el odio es siempre y necesariamente malo, porque es una forma de tristeza. Y sin duda hay odios

que refuerzan a la sociedad; aquellos que odian a los vagabundos, a los ladrones y a los asesinos, y en general a todos los enemigos de la sociedad, pueden ser llamados buenos ciudadanos, y en este sentido puede decirse que su odio es justo. Pero no por ello es menos contrario a su naturaleza, pues es una forma de tristeza. Un hombre que sustituye el odio a los magistrados por el odio a los criminales se vuelve sin duda más útil o menos peligroso de lo que era antes, pero no por ello se vuelve más perfecto, pues el odio es siempre odio, y el odio es siempre malo.

La piedad misma es una falsa virtud, una virtud de esclavo. En efecto, la piedad es una forma de tristeza, y la tristeza es mala en ella misma. A pesar de lo cual la piedad es ciertamente mejor que nada. El hombre que se deja afectar fácilmente por la piedad raramente hará daño a sus semejantes y a menudo se verá llevado a hacer el bien; con lo cual contribuye a mantener la unión y la concordia entre los ciudadanos, y a fortalecer por lo tanto la ciudad. Por eso la piedad es considerada una virtud preciosa en la ciudad de los esclavos; por eso es elogiada y aprobada, y a menudo incluso recompensada, todo lo cual es bueno. Pero no hay que creer por ello que el hombre que se deja afectar por la piedad es más perfecto que otro: es únicamente menos peligroso.

Tampoco el arrepentimiento es una virtud; y quien se arrepiente es dos veces desgraciado, lo que quiere decir dos veces esclavo. Quien se arrepiente ha cedido ya a la pasión: ha sido esclavo una primera vez, cuando ha actuado, y esclavo una segunda vez, cuando se arrepiente; y como al arrepentirse está triste, pasa a una perfección aún menor. Pero se entiende perfectamente que el arrepentimiento sea considerado un acto virtuoso en la ciudad de los esclavos; en efecto, cuanto más lamentan los hombres aquello que

han hecho, menos se abandonarán a sus pasiones, pues temerán tener que arrepentirse después. El arrepentimiento supone que el hombre se castiga a sí mismo; ejerce sobre sí el oficio de juez y de verdugo, luego no hay otro sentimiento más útil para la sociedad; pero sólo en este sentido puede llamarse bueno.

Lo mismo debe decirse de la humildad. Se comprende perfectamente que la falsa religión la sitúe en la primera fila de las virtudes: el hombre humilde es en efecto más fácil de controlar y de satisfacer que cualquier otro; se contenta con poco y se resigna fácilmente a la pobreza y al sufrimiento. Por eso, en la medida en que los hombres no se guían por la Razón, es deseable que sean humildes antes que orgullosos, y que tengan una pobre idea de su poder, de su virtud y de su mérito: así serán más fáciles de recompensar. Por eso también es mejor pecar de este modo que de cualquier otro, si es preciso hacerlo. Y a decir verdad, quienes se dejan guiar por pasiones de este género son más fáciles de llevar a la vía racional que otros. Pero eso no significa que la humildad sea verdaderamente buena, pues es una forma de tristeza. Lo mismo diremos de la vergüenza, que también es muy útil para mantener la concordia entre los hombres en la medida en que regula las acciones de cada uno en función de la aprobación y la reprobación de los demás, pero que es asimismo una forma de tristeza y, por ello mismo, mala. Lo mismo debe decirse del autodesprecio y de todos los sentimientos de este género.

El miedo a la muerte y la meditación acerca de la muerte son considerados conformes a la sabiduría por las falsas religiones. En efecto, entre las pasiones que pueden impedir a los hombres perjudicar a sus semejantes y violar las leyes, el miedo a la muerte y a los castigos que la siguen es una de las más poderosas. Un hombre que tema la muerte, un hom-

bre que piense a menudo en la muerte y que ordene toda su vida alrededor de este miedo y de este pensamiento, es sin duda menos peligroso que otro. A pesar de lo cual meditar sobre la muerte no es en absoluto conforme a la Razón, y si lo hacemos no es precisamente gracias a la claridad de nuestras ideas. En la medida en que la muerte es la negación de la existencia del alma, no puede darse en el alma como idea adecuada, pues ningún ser es destruido sino por causas exteriores. Si el alma piensa en la muerte no es precisamente en cuanto es y actúa; al contrario, sólo piensa en ella en cuanto se representa, en la medida en que le es posible, su propia destrucción, es decir, en cuanto padece. Por lo demás, el miedo a la muerte, e incluso el mero pensamiento en la muerte, no puede darse sin tristeza, y sólo por eso es malo. El hombre racional piensa menos en la muerte que en cualquier otra cosa: el objeto de sus meditaciones es la vida, no la muerte.

En términos generales, puede decirse que para la mayoría de los hombres el bien no es otra cosa que la evitación del mal, es decir, la destrucción de un mal con otro mal. Así, los moralistas que buscan el bien en la región del mal y del error se parecen mucho al médico que da a su enfermo, como remedio, otra enfermedad que eliminará el efecto de la primera. De tanto pensar en aquello que pueda reducir o suprimir su ser, los hombres se olvidan de ser. Actúan como si no tuvieran ninguna capacidad de ser, ninguna existencia positiva, y como si la virtud no fuera otra cosa que la ausencia de mal. Para el enfermo, vivir es no morir. Ciertamente, actuando de este modo los hombres llegan al mismo resultado, exteriormente considerado, que si persiguieran directamente el bien. Avanzan hacia el bien, pero dándole la espalda. Puede decirse que huyen hacia el bien, literalmente, y que sólo llegan a la justicia, por ejemplo, por miedo a

la injusticia, y a la caridad por miedo a la violencia. Ahora bien, ¿qué valor tiene este progreso para cada uno de ellos? Ninguno, y su tristeza es prueba de ello. No nos volvemos más perfectos cuando nos dejamos guiar por el miedo, que es una forma de tristeza, a evitar un mal, cuyo único pensamiento es también la tristeza, pues seguimos estando tristes. Nos parecemos a un enfermo que come sin apetito, por miedo a la muerte; sin duda, es posible que logre evitar la muerte de este modo, lo cual es ya un resultado; pero este resultado se logra de forma mucho más segura cuando alguien goza de buena salud y encuentra placer en la comida; y este último evita de forma mucho más segura la muerte que si deseara evitarla directamente. Del mismo modo, el juez que condena sin odio y sin cólera, pensando únicamente en el bien público, juzgará mejor que aquél que se irrita y se entristece, y trabajará mucho más eficazmente que éste en defensa de la sociedad. El hombre razonable debe pues buscar directamente el bien y evitar indirectamente el mal.

El solo pensamiento del mal es malo. En efecto, el conocimiento del mal no es otra cosa que la tristeza, en cuanto podemos tener alguna conciencia de él; si no fuera así, únicamente diríamos que pensamos en el mal, pero no pensaríamos realmente en él. La tristeza es el paso a una perfección menor; no puede explicarse pues únicamente por la esencia del hombre; tal como ya hemos mostrado, implica el conocimiento de cosas exteriores. Lo cual es como decir que el conocimiento del mal depende de ideas confusas o inadecuadas, es decir, que es él mismo confuso e inadecuado; pensar el mal es pensar mal.

Por eso el sabio, cuando hable en público, hablará lo menos posible de los vicios y de la esclavitud del hombre; y, por el contrario, hablará tanto como pueda del bien, de la libertad, de la virtud y de los medios por los cuales los hom-

bres pueden ser llevados a no dejarse conducir por el miedo o por la aversión, sino únicamente por la alegría. El mal no es nada en sí mismo; hablar del mal, es no hablar de nada; y todos los discursos del mundo sobre la debilidad y la estupidéz de los hombres sólo sirven para entristecerlos o encolerizarlos, lo cual, lejos de llevarlos a la felicidad, los aleja de ella.

Todo lo anterior nos permite ver que, si el alma humana sólo tuviera ideas adecuadas, no se formaría jamás ninguna idea del mal. Si los hombres nacieran libres, es decir, racionales, no se formarían tampoco ningún concepto del bien; pues el bien y el mal son dos contrarios que sólo tienen sentido el uno por el otro. Eso es lo que expresa el mito del Paraíso en la tierra: la decadencia de los hombres va ligada al hecho de que han probado el conocimiento del bien y del mal; y Dios ya les había anunciado que, desde el preciso momento en que lo hicieran, dejarían de amar la vida y no harían más que temer la muerte. Tal es la existencia que acabamos de describir, la de los hombres que viven en la esclavitud. Y el único que puede llevarles a la libertad es el espíritu de Cristo, entendiendo por tal la idea divina del único conocimiento del que dependen la libertad y la felicidad del hombre.

